Destellos de luz y agua /Pa
Flashes of light ant water

Solo ella conocía el lugar. A los amigos se lo había contado bastantes veces y como siempre lo describía lleno de colores, luces y sombras, ellos le preguntaban:
- ¿Pero cómo, en realidad, es el lugar?
- Sí ya os lo he contado en más de mil ocasiones.
- Lo que pasa que es las cosas, tal como tú nos las describes, no pueden ser de verdad.
- Pues cuando queráis, vamos y lo vemos.
- Mañana mismo.

Al día siguiente, a media mañana, subía ella por el camino. Al llegar a la curva, se paró, en un trozo de papel que llevaba en el bolsillo, escribió una nota y luego la colgó en la rama delgada de la encina que casi cortaba la senda. Se dijo: “Para cuando ellos lleguen, que lean este mensaje y sepan dónde los espero. Así no necesitarán buscarme”.

Por el camino y antes de la curva, subían ellos diez minutos después. Los tres algo mayores que ella, contando cosas y con ganas de encontrarla para que le mostrara el lugar. El mayor, de unos trece años y amigo especial de ella, subía delante, mirando y comentando con los dos que le seguían:
- Nos dijo que nos esperaría en esta curva pero no la vemos. ¿Se habrá olvidado?
- Puede ser y también puede que nos haya engañado.
- Ella siempre fue buena con nosotros. Es imposible que nos engañe.
Afirmó el amigo especial.

Y justo en este momento, ya en la curva del camino, vio la nota colgada en la rama. Se acercó, cogió el papel y leyó: “En el muro del puente que hay en el arroyo, os espero”. Dijo el amigo especial:
- Veis como no nos ha engañado.
- Pues vamos a prisa para que vea que nosotros también cumplimos.

Aún más ilusionados continuaron subiendo por la senda. El amigo especial caminando siempre al frente. Miraba éste con la ilusión de verla y, al salir de entre las encinas, las zarzas y los olivos, la descubrió. Sentada en el pequeño muro del puente del arroyo y también observando. Alzó su mano al verlos y los llamó. Los tres corrieron más aprisa y en cuanto estuvieron a su lado, el amigo especial comentó:
- Estamos deseando ver lo que tantas veces nos has comentado. ¿Queda lejos aun?
- En cuanto subamos al cerro de los olivos, lo veremos.

Siguieron avanzando por la senda ahora ya entre olivos y muchos cantos de chicharra y no tardaron en coronar. Por entre frondosas higueras y un grupo de chopos, fueron volcando para el lado del levante. Por donde al fondo y algo lejos, se veían las siluetas de las montañas de Sierra Nevada. A sus espaldas y también un poco lejos, se vislumbraban algo, entre brumas y plomizos cielos, las torres y murallas de la Alhambra y la ciudad extendida como una sábana. Dijo la pequeña:
- Lo que deseo mostraros ya está aquí cerca. Seguidme sin miedo que yo sé el camino. A las cascadas, corrientes y remansos, vamos a entrarle por el punto que conozco bien y es el más bonito.

Al sentir el rumor de las cascadas, el amigo especial comentó:
- Vosotros seguí por donde has dicho tú. Yo, por un momento, quiero quedarme solo y asomarme por este lado que es por donde estoy oyendo el rumor de las aguas.
Preguntó ella:
- ¿Y encontrarás luego el camino para alcanzarnos?
- Seguro que sí porque desde aquí estoy viendo por donde vais.
- Pues te esperaremos cuando ya estemos cerca de las cascadas chicas. Desde donde pretendes mirar, se ve todo el gran barranco, las cascadas, los charcos y los caminos. Es un mirador perfecto y mi rincón preferido. Ten cuidado.

Los dos compañeros del amigo especial, la siguieron y éste último, se movió para su izquierda. Orientado un poco por el rumor de las aguas que al fondo se oían cayendo por las cascadas y por entre lentiscos, cornicabras, retamas y romeros, avanzó en busca de lo que intuía. Y, antes de que sus compañeros alcanzaran el barranco y las primeras aguas, se encajó en el punto exacto. Un pequeño rellano entre rocas, varias encina y casi al filo de un profundo cortado. De nuevo apartó unas ramas de enebro y miró al frente. Lo que al frente vio, le dejó asombrado.

Al frente y al otro lado del surco por donde se adivinaba el cauce, las grises y blancas rocas, se amontonaban unas contra otras. Desde algo más arriba, se veían bajar las aguas, claras, espumosas, reflejando los azules del cielo y saltando no muy violentas. Pero al llegar a las rocas, estos chorros de

agua, se precipitaban con ímpetu dando lugar a muchas cascadas anchas, largas, muy espumosas y todas como vestidas de seda. Finas cortinas muy sedosas que en forma de nubes de viento, caían y se dormían en los remansos. La luz de la mañana muy avanzada, entraba por el lado derecho y llenaba de matices misteriosos cada roca, cada charco, cascada y a un lado y otro.

Como fuera del tiempo o como dentro de un sueño, el joven observó fascinado. Gustando quieto y en silencio el rumor, luces y sombras que al frente la naturaleza le regalaba. Vio a sus compañeros aproximarse a estas aguas ya por lo hondo del barranco y para si se dijo: “Ellos quieren tocarlas con sus manos pero las luces, colores y sombras que yo desde aquí estoy gozando, son mágicas. Se lo contaré luego y también se lo diré a mi amigo el escritor porque el sí que sabrá dibujar con palabras este espectáculo que supera en belleza no solo a los jardines y palacios de la Alhambra sino a todos los universos que se viven en sueños”.

Se aproximó al borde del acantilado, abrió sus manos, miró al frente, vio a sus amigos y a ella caminando ya por entre las aguas muy cerca de las cascadas y otra vez susurró solo para su corazón: “No necesitaré recorrer los caminos que ellos pisan y sí me encontraré a su lado en sólo unos minutos. Volando, cruzaré este barranco atravesando el viento igual que lo hacen las aves de los bosques. Se llevarán una sorpresa y hasta puede que no me crean pero yo he soñado este momento muchas, muchas veces”.